Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

● La tercera prerrogativa que el artículo 39 de la Ley Federal Electoral otorga a los partidos políticos nacionales registrados es la de tener acceso a la radio y la televisión. De esta disposición ha resultado un singular programa de TV (aparte de las emisiones radiofónicas), denominado "Diálogo político", que se ha transmitido ya tres martes por la noche.

El título es engañoso. No hay tal diálogo. Cada uno de los cuatro partidos desarrolla un tema, como mejor le da a entender su idea de lo que es la televisión. Pero no hay discusión de las tesis, no hay enfrentamiento de las posiciones, que es el mejor modo en

que un programa de esta naturaleza podría cumplir su función.

Y las cosas podrían cambiar si los partidos, sobre todo los de oposición —que en este capítulo llevan las de ganar— lo quisieran. La Ley Electoral estipula que "si los partidos así lo aprueban, podrán solicitar a la Comisión Federal Electoral que el tiempo de transmisión de que disponen se utilice para la exposición conjunta de sus tesis ideológicas en torno de temas específicos bajo la dirección de un conductor de programas designado por los partidos, de común acuerdo, o en su defecto, por la propia Comisión Federal".

Así habría, en efecto, "diálogo político", aunque las tesis —si las hay— de varios de los partidos se parezcan entre sí como gotas de agua.

● Esta semana debe haber abierto sus puertas la Universidad Popular del Estado de Puebla, destinada a suprimir a la Universidad Autónoma de Puebla. Su inauguración ha sido precedida por un acto de barbarie, de los que infortunadamente ya no son extraños en aquella entidad.

Cuatro estudiantes fueron muertos, presumiblemente por la policía, el 10 de mayo. Las versiones oficiales aseguran que francotiradores desde el edificio

carolino dispararon sobre los agentes. La misma especie que corrió sobre Tlatelolco. Aceptando que así haya ocurrido —pues sería grave error suponer que en Puebla luchan ángeles contra demonios— ¿no fue imprudente contestar con la ferocidad que fue evidente, los ataques de los tiradores? ¿No bastaba a la policía cerrar al tránsito las calles adyacentes a la Universidad, para evitar peligro a los transeúntes, y no exponerse ella misma a los disparos?

No ha habido respuesta a los interrogantes que el asesinato de cuatro universitarios y un policía abrieron en el pasado. No hay razón para esperar que ahora las haya. ■